



LA DIMENSION JURIDICA DE LA PERSONA HUMANA

Ilva-Myriam Hoyos

1. PLANTEAMIENTO

No me he propuesto como tarea decir inicialmente qué es para el saber jurídico la persona humana; más bien y teniendo en cuenta que mis reflexiones contribuyen al merecido homenaje que se rinde al jurista Michel Villey, quisiera intentar poner de relieve la interrelación entre el concepto ontológico y el concepto jurídico de persona, resaltar la dimensión jurídica que naturalmente corresponde a la persona humana, esto es, reflexionar jurídicamente sobre la persona teniendo en cuenta la realidad del ser personal. Ejercitar, en definitiva, el modo de consideración realista que tanto se aprecia en el obra villeyana.

La pregunta a través de la cual podemos formular nuestra pretensión es la siguiente: ¿la persona humana puede vivir sin el derecho? Interrogante que puede reformularse en la siguiente forma: ¿el derecho es extraño a la persona humana, o por el contrario, es algo que a ella naturalmente le corresponde? En definitiva, hemos de saber si a cada uno de nosotros nos corresponde por el hecho de ser personas alguna dimensión jurídica es decir, responder a la pregunta, ¿por qué soy titular de derechos? Estas preguntas, sin duda alguna, bosquejan el sendero de la reflexión y

el marco vital en el que se formulan y desde donde debe dárseles respuesta.

2. EXPERIENCIA COTIDIANA DEL DERECHO

Resulta evidente que cada uno de nosotros posee como persona experiencia directa y práctica de nuestra existencia. Esta evidencia constituye, a la vez, la base de referencia de cualquier reflexión que pretenda abordar la dimensión operativa de nuestro ser personal. Y, sin duda alguna, el derecho está en la experiencia cotidiana que tenemos y usamos.

Diariamente realizamos actos que tienen alguna relevancia jurídica. Veamos, por ejemplo, la persona que día a día adquiere los alimentos realiza, quizás sin saberlo, una compraventa; el que toma un autobús o un taxi para desplazarse de un lugar a otro, un contrato de prestación de servicios; el amigo que le presta a otro con o sin interés una determinada suma de dinero, un contrato de préstamo; el amigo que cancela la suma que le ha sido prestada, una acción de justicia; el profesor que corrige los exámenes de los alumnos y les da una calificación, está dándoles lo que les corresponde como suyo. La experiencia diaria no es, por tanto, ajena al derecho, como no lo es el lenguaje habitual, a veces más preciso que el de muchos juristas. Son frecuentes expresiones tales como: esta es mi vida, estas son mis cosas, tengo derecho a exigir respeto, tiene el deber de respetarme, debo mil pesos y otras semejantes: todas ellas con un claro sentido jurídico.

El obrar y el hablar cotidianos acreditan de modo indubitable que no sólo el derecho está en la existencia humana, sino que cada persona tiene una pre-comprensión del derecho. Esta pre-comprensión —escribe el jurista italiano Sergio Cotta— nos parece natural, "en un sentido familiar, es decir, no racional, no elaborada intelectualmente; y ello hace que consideremos 'natural' su contenido, esto es, aquello que el técnico denomina Derecho. Y en

cuanto 'natural' esa 'pre-comprensión' le basta al hombre vulgar, sin necesidad de profundizar en su hermenéutica percepción"¹.

Pero, hemos de preguntarnos, ¿cuál es el contenido de esa pre-comprensión? De una parte, el derecho aparece, bajo el aspecto de normas que constriñen y obligan. Se acepta como obligatorio pagar impuestos, cumplir el servicio militar, cumplir los contratos. De otra parte, y en sentido inverso, el derecho se nos aparece como aquello que el sujeto tiene para pretender algo. Se considera como facultad que corresponde a un sujeto para exigir a otro u otros el cumplimiento de una prestación. Se trata de lo que el lenguaje técnico-jurídico denomina derechos subjetivos, como por ejemplo, el derecho a tener alimentos, a expresar libremente sus ideas, a presentar a las autoridades peticiones respetuosas. Entre estas dos instancias de la realidad jurídica hemos de resaltar una tercera, base a su vez, de las anteriores: el derecho se nos presenta como aquello que le corresponde a alguien como suyo. Suyas son tanto las cosas corporales como las incorporeales, tales como la vida, la libertad, el honor y la dignidad.

3. EL CARACTER ANALOGICO DE LA REALIDAD JURIDICA

La riqueza de la vida jurídica, hemos dicho, se aprecia en la experiencia cotidiana, en el lenguaje habitual en el que constantemente hacemos mención de *normas* o *leyes*, *facultades* o *cosas tuyas*. Pues bien, esa diversidad de denominaciones acerca de lo que sea *lo jurídico* no es sino la expresión del carácter analógico que se da en la misma realidad que se dice jurídica.

La analogía es el instrumento lógico a través del cual se designan realidades de algún modo distintas pero que tienen cierta semejanza entre sí. Por esta razón, el término *derecho* designa en la

1. COTTA, Sergio, *El derecho en la existencia humana* (Pamplona 1987), Eunsa, pág. 14.

vida práctica una serie de realidades diferentes pero semejantes. Esto nos permite afirmar que el derecho no es una predicación única o de sentido invariable, sino plurivalente, es decir, que es un concepto análogo, en el que necesariamente deben distinguirse el analogante principal y los analogados secundarios.

Cualquiera de los términos que expresan de algún modo un aspecto de la realidad jurídica hacen relación a la persona humana. Ella es el sujeto destinatario de la norma, el alguien que está obligado a cumplir la conducta establecida legalmente; es, en igual forma, el sujeto que tiene la facultad para exigir a otro u otros el cumplimiento de la prestación a la que están obligados; ella es también el ser real que puede decir que algo le corresponde como suyo. La persona se nos aparece así como la realidad fundamental a la que hace referencia el derecho. Es decir, que el derecho existe por y para la persona. Conocer lo que sea el derecho es aproximarnos a lo que sea la persona, saber lo que es la persona es adentrarnos en la fundamentación de la realidad jurídica.

4. LO SUYO: PUNTO DE PARTIDA PARA LA COMPRENSION DEL DERECHO

El derecho, hemos dicho, no es ajeno a la experiencia de la vida cotidiana; es, por decirlo de algún modo, algo que está en la realidad. ¿Cuál es el aspecto de la realidad al que atiende el derecho? Un hecho fácilmente constatable: el reparto o la distribución de las cosas². Las cosas —dice Hervada— están repartidas, si hay cosas *suyas*, es claro que ello obedece a que *no todo es de todos*, o dicho de otra manera, a que *las cosas están repartidas*³. El

2. VILLEY, Michel, *Compendio de filosofía del derecho. Definiciones y fines del derecho*. Vol. 1 (Pamplona, 1979), Eunsa, pág. 78 ss.

3. HERVADA, Javier, *Introducción crítica al derecho natural*, 5ª ed. (Pamplona, 1988), Eunsa, pág. 23 ss. Del mismo autor y sobre el mismo tema se puede consultar: *Apuntes para una exposición del realismo jurídico*

objeto del saber jurídico, es precisamente, saber dar a cada uno lo suyo, lo que le corresponde a cada persona en el marco de las relaciones humanas. Los juristas romanos llamaron a aquello que correspondía a cada uno *ius*, a la ciencia que consistía en discernir lo que a cada uno le correspondía como suyo le dieron el nombre de *iurisprudentia* y al actuar constante y perpetuo de dar a otro lo suyo, es decir, su derecho, le dieron el nombre de *iustitia*. El derecho, por tanto, se inserta entre un saber y un querer: el saber de lo justo y la virtud de la justicia.

Detengámonos en la siguiente afirmación: el saber del derecho responde a la necesidad de saber que es lo suyo de cada cual, no lo suyo del jurista, del conocedor del arte jurídico; no lo suyo del político, del conocedor del arte político, sino de todo aquel que en razón de un título pueda decir que una cosa le corresponde como suya, es decir, *lo suyo* remite necesariamente a un alguien, a un ser real que *tiene cosas*. El más radical de los términos con los que se designa algún aspecto de la realidad jurídica es la noción de lo suyo. Lo suyo es una noción hasta tal punto radical y primaria que sólo se deja reducir a la noción de persona. Ella es quien tiene cosas, la que puede decir esto es mío, porque me corresponde como propio.

Parece claro, sin embargo, que no todos tenemos las mismas cosas y que las cosas no son tenidas en la misma forma. De ahí que debamos determinar qué cosas son susceptibles de ser tenidas, así como precisar cuál es la razón para que alguien tenga cosas suyas.

5. NIVELES DE APROPIACION

Tres niveles de apropiación pueden distinguirse, según la

intensidad con la que la cosa sea apropiada y con la naturaleza misma de lo apropiado⁴. Niveles en los que se refleja la dimensión jurídica de la persona humana.

5.1. Nivel corpóreo-práctico

Este nivel está conformado por las cosas que habitualmente usamos o utilizamos, para expresarlo con la terminología heideggeriana, por los útiles⁵, es decir, cosas disponibles para algo. Cada uno de nosotros tiene en este ahora cosas suyas: el bolígrafo con el que escribe, el vestido que lleva, el anillo que tiene. Estas cosas útiles se tienen porque la persona humana en su misma estructura ontológica está capacitada para ser sujeto de apropiación. Así por ejemplo, el vestido es tenido porque la persona posee su propio cuerpo y éste a su vez la capacita para tener relaciones con sustancias diferentes. La persona humana tiene, a diferencia del animal, hábito porque puede adscribir a su cuerpo algo distinto a él: su vestir, cualquiera que el sea, no se confunde con el cuerpo que también tiene como suyo⁶.

4. POLO, Leonardo, *Curso de teoría del conocimiento* (Pamplona, 1985), Eunsa, vol. II, pág. 53 ss. Del mismo autor y sobre el mismo tema consultar: *Tener y dar. Reflexiones en torno a la segunda parte de la Encíclica Laborem Exercens*, en A.A.V.V., *Estudios sobre la Encíclica Laborem Exercens* (Madrid, 1987), Bac, pág. 201 ss.

5. HEIDEGGER, Martín, *El ser y el tiempo*, 2a ed. (México, 1962), F.C.E., pág. 80.

6. El significado del propio cuerpo ha sido bellamente resaltado por el Papa Juan Pablo II, quien precisa que el hombre es sujeto no sólo por su autoconciencia y autodeterminación, sino también a base de su propio cuerpo. La estructura de este cuerpo –escribe– es tal que le permite ser el autor de una actividad puramente humana, actividad en la que se expresa la persona. Su subjetividad –prosigue el Papa Juan Pablo II– revela el carácter esponsalicio de su cuerpo, que no es sino la expresión de la apertura que se da en toda persona humana desde su origen. El cuerpo revela en su máxima intimidad al alguien que se dice persona. Cfr., GIOVANNI PAOLO II, *L'amore umano nel piano*

La estructura operante del cuerpo ha sido resaltada, entre otros, por Aristóteles, Santo Tomás, Marx y Heidegger, al precisar la importancia de que el ser humano tenga manos, ya que la mano está hecha, precisamente, para tener. En efecto, la mano no termina en ella misma, comunica su dinámica a lo que usa o maneja, es constitutivamente abierta y en cuanto tal es el instrumento de instrumentos, mediante ella el ser humano se apropia manualmente de las cosas, las usa, fabrica artefactos, crea la técnica. La mano sirve para moldear, para ejercer algún proyecto o modelo que surga del sujeto que la tiene, a través de ella el ser humano configura su estar en el mundo, determina la forma de relacionarse con las cosas, de establecer con ellas una relación de sentido, en definitiva, de ejercer su dimensión de ser operante, su condición de habitante del mundo.

No puede, sin embargo, afirmarse que este nivel de apropiación esté conformado exclusivamente por cosas susceptibles de ser apropiadas manualmente. Todo aquello susceptible de uso y de disponibilidad es, en estricto sentido, un haber manual u operativo. Así, por ejemplo, una casa no puede ser apropiada físicamente, pero si puede ser habitada, usada, ser objeto de controversias, ser objeto de relaciones jurídicas, en las que se ejerce cierta disponibilidad y, por tanto, es algo que le corresponde a alguien como suyo.

La descripción de este nivel de apropiación nos permite concluir que la persona humana se nos aparece como un ser que tiene cosas, cosas que son suyas; es decir, ser relacional, alguien capaz de establecer relaciones de apropiación con las cosas y de comu-

divino (Cittá del Vaticano, 1980), Librería Editrice Vaticana. Hay también traducción en español: JUAN PABLO II, *Enseñanzas al pueblo de Dios* 1979: septiembre-diciembre(a) y 1980: enero-junio(I-a), (Cittá del Vaticano-Madrid, 1980-1982), Librería Editrice Vaticana, Biblioteca de Autores Cristianos, págs. 127 ss., 117 ss., respectivamente. Sobre este tema consultar A.A.V.V., *Masculinidad y feminidad en el mundo de la Biblia* (Pamplona, 1989), Instituto de Ciencias para la Familia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.

nicación con las demás personas, porque está naturalmente relacionado.

5.2. Nivel inmanente

La persona humana, según este nivel de apropiación, posee no una cosa que permanece extraña a ella misma, esto es, la cosa es poseída en la misma operación inmanente. Hay diversos grados de inmanencia –dice Santo Tomás– según el principio de que "cuanto más alta es una naturaleza, tanto más íntimo es lo que de ella emana"⁷. El grado de inmanencia que le corresponde al ser humano es superior al de los demás seres vivos porque la persona humana está dotada de una capacidad de tener con la que recoge o capta cosas de afuera y las hace suyas mediante su intelecto. Así con el acto de escribir, leer o pensar se hace presente en sí misma lo que esta fuera de sí. Esta presencia de lo escrito, leído, pensado, conocido es *realmente un acontecimiento personal*, mediante el cual, la persona se enriquece con aquello que es, a la vez, fuera de sí (cosa extramental) y en sí (objeto conocido).

Esta dimensión inmanente ha sido expresamente resaltada en el pensamiento griego. Aristóteles escribe en su *Metafísica* que la facultad de ver nos hace conocer y nos muestra muchas cosas y muy variadas diferencias⁸, precisamente, porque el hombre puede, al estar enfrente de lo presente, ir más allá de lo limitado. La *teoría* se explica así en referencia a la percepción visual propia del ser humano y consiste en ser *visión* de la forma. La *praxis*, en igual forma, se concibe como obrar humano referido a la *visión* de lo que debe ser obrado. Conocer es, por tanto, aprender a distinguir algo, captar las diferencias de las cosas que se advierten sensitivamente y se aprehenden intelectivamente.

7. *Suma Contra Gentiles* IV, 11.

8. *Metafísica* A, 1, 980 a-24 ss.

La persona humana tiene, además de cosas corporales e incorpóreas, ideas que adquiere mediante actos inmanentes que, en igual forma, la revelan como el alguien que tiene cosas suyas.

5.3. *Nivel trascendente*

La persona humana también tiene como suyo la disposición a obrar en determinada forma. Disposición que resulta de repetir un mismo acto muchas veces y que le da a quien los realiza la especial capacidad de obrar de una misma manera cada vez que se le presente la oportunidad de realizar actos referentes al mismo objeto específico. Esta disposición es, en estricto sentido, un *hábito*, algo que se tiene como propio. Este tener es perfectivo de la persona humana y, por tanto, trascendente, esto quiere decir que el hábito o disposición a obrar es de por sí un bien para ella, porque la hace ser más buena, la engrandece a través de su propio actuar.

La persona humana tiene una estructura ontológica tal que le permite ser la actora de su propia vida, no sólo tiene la capacidad de conocer el bien, sino de quererlo y realizarlo; esto es, es portadora de una dinamicidad hacia el bien, que en la medida en que lo realice le permitirá alcanzar su propio perfeccionamiento. Así pues, la virtud aparece como "el punto en el que el tener toma contacto con el ser del hombre, la conjunción de lo dinámico con lo constitucional... El fin más alto en el hombre mismo es la virtud, pero no se puede conseguir en directo, puesto que no es un objeto ni una cosa, sino que está en la intimidad del hombre: ahí es donde se adquiere como un beneficio añadido al ejercicio correcto de la propia dotación activa"⁹.

La descripción de los anteriores niveles de apropiación nos permite, al menos, concluir lo siguiente: a) la capacidad de tener que corresponde a la persona humana es más o menos intensa

9. POLO, Leonardo, *El tener...*, cit., págs. 219 y 220.

según el nivel de apropiación al que se haga referencia. Esto significa que se da una relación entre un *quid* (lo poseído) y un *qui* (el centro de inherencia o aprehensión); b) el modo mediante el cual se adquieren las cosas suyas es diverso, bien puede ser a través de la operación constructiva, la operación inmanente o la disposición a alcanzar la virtud. Cualquiera de estos medios pueden considerarse en la persona humana como algo natural.

Los problemas que a continuación hemos de abordar intentan explicar el carácter jurídico de lo que hemos llamado *apropiación natural*. Para tal efecto, hemos estimado conveniente desarrollar dos problemas precisos. El primero afecta a la persona misma y tiene que ver con la interrelación entre *el ser*, *el haber* y *el deber ser*. El segundo problema es el relativo al derecho e intenta dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿que cosas suyas tienen carácter jurídico?; y ¿tiene la persona una dimensión jurídica natural o positiva? Es decir, saber cual es *la razón jurídica* para que alguien tenga una cosa suya.

6. INTERRELACION ENTRE EL HABER, EL SER, EL SABER SER

Parece que *el haber* no se confunde con *el ser*, es decir, que lo que *yo tengo* no es lo que *yo soy*. San Agustín lo advierte en clásica frase: Yo recuerdo, yo entiendo, yo amo, aunque no soy ni mi memoria, ni mi inteligencia, ni mi amor, sino que las poseo¹⁰. Así pues, la persona tiene memoria, inteligencia y amor pero ella no se reduce a ser la suma de esas tres facultades ni el efecto de todas ellas. Yo no soy ni mi memoria, ni mi voluntad, ni mis pensamientos, ni mis deseos, ni mis acciones, aunque sea yo quien recuerde, actúe, piense y ame.

El tema que subyace es de especial significancia y constituye uno de los problemas que se ha planteado la filosofía moderna y

10. *Tratado sobre la Santísima Trinidad* XV, 22.

sobre el cual se ha centrado el pensamiento de la Doctrina Social de la Iglesia¹¹.

Si yo no soy lo que tengo, ¿qué soy? ¿Qué significa ser, entonces, persona? Este es el objeto de este artículo adentrarnos a desvelar ese misterio del ser personal. Misterio que, como dice magistralmente Gabriel Marcel, nos afecta a cada uno de nosotros en nuestra más íntima realidad personal. Preguntar qué es la persona es igual a tratar de saber que somos, quién es cada uno de nosotros. Estamos, pues, ante una pregunta fundamental que no es extraña al saber jurídico porque no es ajena a la persona.

Tratemos, por tanto, de desarrollar algunos aspectos que consideramos centrales al estudio de la dimensión jurídica de la persona humana. Para ello haremos referencia por separado al haber, al ser y al deber ser.

6.1. *El haber*

El haber, lo hemos visto, es un concepto análogo que se dice en muchos sentidos. Se aplica a las cosas corpóreas e incorpóreas, a los efectos de las operaciones inmanentes, así como a las disposiciones constantes a través de las cuales se adquieren los hábitos. En cualquiera de estos diversos significados, *el haber* está en estrecha relación con *el poder*. Tengo lo que de cierto modo puedo disponer, es decir, que "la noción de *habere* es coextensiva a todos los planos en que acontece la participación del acto por la potencia"¹²; de ahí que la condición de *habiente* no esté reservada ni a la subjetividad humana, ni a la materia prima, sino a todo

11. Cfr., del Papa JUAN PABLO II, entre otros, los siguientes documentos: Carta Encic. *Redemptor Hominis* 16; Carta Encic. *Laborem Exercens* 14; Exhort. Apost. *Redemptionis donum* 4; Carta Encic. *Sollicitudo rei socialis* 27 ss.

12. CRUZ CRUZ, Juan, *El 'haber' categorial en la ontología clásica*, en "Revista de Filosofía" (Mexico), 51-52 (1984-1985), pág.17.

aquello que tiene condición de *potencia*. El haber, por tanto, hace referencia a algo más amplio de lo que inicialmente alcanzamos a vislumbrar, al modo de tener una potencia cualquiera su acto, pues lo que recibe y condiciona el acto es potencia. Así se comprende —dice Cruz Cruz en un sugerente artículo titulado *El haber categorial en la ontología clásica*— que la filosofía aristotélico-tomista establezca una escala de haber en tres niveles fundamentales. El primero correspondiente a la recepción en el plano entitativo del ser por la esencia; el segundo es el de la recepción del acto formal por la materia prima; el tercero la recepción de formas o actos segundos por la sustancia¹³.

Aplicadas estas ideas a nuestro tema, hemos de decir, que la persona humana tiene cosas porque es, pero ella no es el ser, sino que participa del ser. La palabra *participación* se usa para significar una acción, la de contribuir a alcanzar unos logros o metas comunes. Filosóficamente significa *tener parcialmente* lo que en otros se encuentra sin restricción, pero sobre todo tener parcialmente el acto de ser que le corresponde a otro plenamente. Lo que no puede entenderse como el hecho de tener una parte del ser porque el ser es simple e indivisible¹⁴.

El hecho de que el ser de la persona humana sea participado implica que en ella se da una composición de *esse* y *essentia*, es decir, que ella no sea solo su *ser* ni su *esencia*, sino que *habens esse* y *habens essentia*; composición que es indigencia, tensión respecto al ser que Es. Las relaciones entre el acto de ser y la esencia se dan en términos de participación, es decir, que no hay

13. Op cit., págs. 17 y 18.

14. *Suma Teológica* I, q. 3 art. 8; I, q. 8 art. 1; I, q. 44 art. 1; I, q. 75 art. 5; I, q. 79 art. 4. Sobre la noción de participación consultar entre otros, FABRO, Cornelio, *La nozione metafisica di partecipazione secondo S. Tommaso d'Aquino*, 2ª ed. (Torino, 1950), Società Editrice Internazionale. Del mismo autor: *Participación et causalité selon s. Thomas d'Aquin* (Louvain-Paris, 1961), Publications Universitaires de Louvain, èditions Bèatrice-Nauwelaerts; GONZALEZ, Angel Luis. *Ser y participación. Estudio sobre la cuarta vía de Tomás de Aquino* (Pamplona, 1979), Eunsas.

participación del acto sin una potencia proporcionada, de ahí que, todo acto o perfección que se reciba en un sujeto queda limitado por la esencia¹⁵.

La aproximación al tema de la participación nos lleva necesariamente al tema del ser. Por ello solo podemos expresarnos en términos del *haber* en un orden que comporte referencia al *ser*, es decir, al ser pleno, al *Esse per essentiam*, al *Esse ipsum*.

6.2. *El ser*

El haber expresa la indigencia del ser que tiene cosas y en cuanto tal remite a una instancia superior en la que se funda no sólo lo poseído sino el mismo *qui* que posee y se apropia. Esta instancia superior es propiamente el *Ser*; el haber, es conveniente dejarlo bien en claro, no existe sino en referencia al *ser*. Tres implicaciones pueden resaltarse de esta afirmación. La primera, el *qui* tiene cosas porque es. La segunda, el *qui* tiene cosas porque le han sido atribuidas. La tercera, y más significativa, el *qui es y tiene* cosas porque recibe donalmente lo que le hace ser lo que es.

La creación de cada persona humana es un acto gratuito, en el que no media necesidad alguna; es un acto de amor, esto es, un *don*, en el que amorosamente se la crea como persona, se la hace ser lo que es: *imagen viviente de Dios*¹⁶. El acto de creación hace

15. *Suma Teológica* I, q. 4 art. 1 ad. 3. A este respecto escribe GONZALEZ, Angel Luis: "Debe quedar bien en claro que la primacía metafísica que tiene el *actus essendi* no va en detrimento de la esencia; quiere decirse que por el hecho de dar esa primacía al '*esse*' no debe la esencia ser menoscabada como si consistiera en algo negativo, o un puro límite". *Ser y participación...*, cit., pág. 103. Sobre este tema y en relación con la persona se puede consultar: FORMENT, Eudaldo, *Persona y modo substancial* (Barcelona, 1984), Promociones Publicaciones Universitarias, pág. 25 ss. Del mismo autor: *Ser y persona*, 2ª ed. (Barcelona, 1983), Publicaciones y Ediciones de Barcelona, pág. 13 ss.

16. *Génesis* 1, 28.

que cada hombre singular y concreto, en tanto don creado, sea realidad una, única e irrepetible que tiene capacidad para hacer suyas las cosas que adquiere facticamente, intelectivamente y voluntariamente. Esta misma idea, pero expresada en términos metafísicos, nos conduce a la clásica definición de persona: ser subsistente en una naturaleza perfecta¹⁷.

La persona humana conjuga en sí misma la perfección de un acto de ser pleno y de una naturaleza perfecta. Veamos en forma sucinta las notas que caracterizan la subsistencia y la naturaleza humana. Todo lo que digamos al respecto será de especial significancia para determinar la dimensión jurídica de la persona humana.

a) *La subsistencia*

El subsistente es *indivisum in se et divisum a quolibet in alio*¹⁸, lo que es indiviso en sí y está dividido de todo lo demás. Tres aspectos pueden resaltarse del carácter trascendente del ser personal. El primero resalta la distinción del ser subsistente de todos los demás entes, en tanto que distinto, se da en él cierta clausura. El segundo pone de relieve la indivisibilidad, el ser subsistente es indiviso y no puede desintegrarse porque él mismo es una unidad. El tercero, base de los aspectos anteriores, insiste en la suidad, esto es, en la pertenencia del ser subsistente a sí mismo. Estimamos conveniente hacer referencia con mayor amplitud a esta nota del ser personal y para ello hemos de retomar algunas ideas que expusimos al tratar el tema de los niveles de apropiación.

Las cosas son suyas de alguien, porque a ese *qui* están sujetas, sólo él las detenta y apropia. Esto significa que no basta la calidad

17. *Suma Teológica* I, q. 29 art. 1 ss.

18. *Ob. y loc., cit.*

de apropiable de la cosa es indispensable que se dé en la persona humana la capacidad correlativa de ser sujeto, soporte o supuesto, que sujete, apropie y detente lo poseído. Pero, ¿cómo tener cosas si el *qui* no se tiene a sí mismo? Sería paradójico afirmar que la persona humana es capaz de apropiarse de las cosas y afirmar, a renglón seguido, que esa capacidad no le corresponde como algo natural. Me apropio en definitiva, porque *puedo*, es decir, porque me es propia la capacidad de apropiación. Esta afirmación nos conduce a otra más radical: puedo apropiarme de las cosas porque puedo dominarme en mi realidad personal. El dominio que tengo sobre mi ser y sobre mis actos es expresión de *ser imagen viva de Dios*¹⁹.

Al ser que se domina a sí mismo y domina sus actos se le llama persona. Término que al descomponerlo nos da su original significado: *per*, por sí, y *sona*, de *sonare*, sonar²⁰. La persona es el alguien que suena por sí mismo, el ser que ante los demás resuena: suena continuamente por las cosas que quiere, conoce, fabrica, usa, esto es, por las cosas que tiene como suyas. La persona es, por tanto, portadora de cosas (su nombre, su vida, su libertad, así como su vestido, su anillo, etc.), y en cuanto tal puede *com-portarse*, abrirse, relacionarse con los demás, comunicarse con otros. Esta es la diferencia radical entre la persona humana y otras criaturas: el se, la reflexión del ser, el dominarse, autogobernarse, poseerse, conocerse, relacionarse. Esta reflexión revela, a nuestro juicio, dos cosas: a) que alguien soy; b) que en tanto soy hay cosas que me corresponden como propias: mi anillo, mi cuerpo, mi vida, mi libertad, mi sentir son mías, porque la realidad de mi ser personal es, según dice Zubiri, *suidad*²¹.

19. *Génesis* 1, 26 ss.

20. Cfr., nuestro trabajo *El concepto jurídico de persona* (Pamplona, 1989), Eunsa, pág. 346 ss.

21. ZUBIRI, Xavier, *Sobre el hombre* (Madrid, 1986), Alianza Editorial, Sociedad de Estudios y Publicaciones, pág.110 ss. Del mismo autor: *El*

Dos son, a su vez, los aspectos relevantes de la suidad. Uno negativo, con el que se significa que el ser subsistente no está sometido a otro, no es ni puede ser de otro, no es esclavo de nadie; es, por tanto, un ser libre. Este carácter negativo hace indivisible e ilimitable la libertad. Indivisible porque la libertad atañe al núcleo más íntimo de la persona humana. Ilimitable porque no es posible reducir algo que de suyo es total e indivisible. La libertad no es la persona misma ni tampoco puede considerarse como su constitutivo inteligible; es la expresión del ser que se dice persona.

El otro aspecto de la suidad que hemos de resaltar es el positivo, con él se designa la independencia o autonomía que corresponde a la persona humana: es un ser que se autogobierna, se autodetermina, es decir, es señora, dueña de sí misma (dominio ontológico) y de sus actos (dominio moral).

El dominio ontológico es el atributo de la persona humana que consiste en tener cosas y en la capacidad de mostrarse dueña de sí. La persona es *dominus* en cuanto se apropia de lo que naturalmente le corresponde, la persona es constitutivamente dominadora, tiene dominio actual sobre sí misma, no mero dominio potencial sobre las cosas.

El dominio moral es el atributo de la persona humana que consiste en la capacidad de disponer y usar las cosas que le pertenecen como tuyas en orden a alcanzar ciertos fines. Ahora bien, sólo gobierna y usa quien tiene cosas y libre facultad sobre ellas. El autogobierno es algo estrictamente relacionado con la estructura óntica de la persona humana que se distingue de todas las demás estructuras y de todas las demás existencias en cuanto que es capaz de gobernarse a sí misma, de dirigirse y ordenarse en relación con su propio fin. El uso es, en igual forma, expresión del dominio de la persona humana, en cuanto que es la disposición racional y libre de sí misma y de las cosas en orden a obtener un fin determinado.

b) *La naturaleza racional*

El nombre de naturaleza tiene distintos significados. Se usa para significar la generación de los vivientes, el principio mismo de la generación y la esencia específica que se determina en la generación²². La naturaleza para la persona humana es algo que la constituye y la hace ser lo que es. Dos son los aspectos relevantes de la nota de la naturaleza: el estático y el dinámico.

Contemplada la naturaleza humana desde un punto de vista estático es la constitución óntica o estructura fija, determinada, permanente y estable que tiene de suyo todo hombre, esto es, que es común a todos los hombres²³. Decimos estructura fundante en tanto que se realiza en cada persona de manera singular. Estructura portante en tanto que cada persona la tiene como algo suyo. Estructura dinámica u operativa porque el hombre naturalmente está ordenado y capacitado a alcanzar mediante su obrar una mayor perfección. En este sentido la naturaleza humana no sólo revela una estructura fija y estable, también significa el principio constitutivo que permanece a través de los cambios accidentales, el dinamismo propio del hombre.

El aspecto dinámico resalta de la naturaleza el principio intrínseco de movimiento, así como la regulación de ese movimiento. Como principio de movimiento es causa de toda operación, así como de todo reposo, es decir, de lo que hace posible la conservación de las determinaciones adquiridas. Esta potencialidad activa de la naturaleza humana se canaliza mediante los principios de operaciones o facultades. Sin embargo, no por ello puede reducirse el concepto de naturaleza humana a la suma ni a la particularización de esas facultades. La naturaleza humana, conviene que insistamos

22. *Suma Teológica* I, q. 29 arts. 1 y 3; I-II q. 1 arts. 1 y 10.

23. Op. cit., III, q. 2 arts. 1 y 2. Cfr., sobre este tema: GARCIA LOPEZ, Jesús, *La persona humana*, en "Anuario Filosófico" IX (1976), pág. 168 ss.; MILLAN PUELLES, Antonio, *Voz naturaleza*, en *Léxico Filosófico* (Madrid, 1984), Rialp, pág. 438 ss.

en ello, es principio de operación o principio fijo de comportamiento, así como de conservación; es, en definitiva, la forma peculiar de ser que capacita a cada hombre a obrar de manera también peculiar, de ahí que cada hombre realiza los actos de su propia especie porque participa de la naturaleza de la especie humana.

El término naturaleza se usa para significar un *orden*, una regularidad en el dinamismo de esa naturaleza. Este concepto normativo de la naturaleza nombra un criterio de enjuiciamiento de acciones con aquello que es *normal*. Este criterio supone aceptar el carácter cognoscible de lo natural y, en relación con el hombre, admitir como propiedad de su naturaleza la de conocer las cosas. Así pues, lo que se designa con el término naturaleza como orden es la conformidad o adecuación de una acción a realizar o realizada con la naturaleza. El conocimiento racional de esa adecuación o conformación es precisamente la verdad práctica. De ahí que además de hacerse referencia a lo *natural* debe expresamente hacerse referencia a lo *racional*. La razón —dice acertadamente Spaeman en un sugerente libro titulado *Lo natural y lo racional*— no es idéntica a la naturaleza, son términos correlativos. Lo racional es el llegar a descubrir la verdad de lo natural y esta revelación radica en la teleología de la naturaleza²⁴. Lo *natural*, por tanto, es aquello que emana de la constitución esencial de la persona humana y que se ordena o adecúa a los fines que le son propios. Es decir, que para que algo sea natural a la persona humana se requiere una *razón de origen* y una *razón de fin*. Una y otra se determinan en referencia a la naturaleza humana.

Teniendo en cuenta las anteriores consideraciones podemos afirmar que la persona humana *participa* del ser y de la naturaleza humana. Esta composición que se da en ella entre el acto de ser y la esencia la configura como un ser que *ya es* y a la vez *aún no es*, es decir, que se encuentra, según expresión afortunada de Pieper, en

24. SPAEMAN, Robert, *Lo natural y lo racional* (Madrid, 1989), Rialp, págs. 144 y 145.

un *status viatoris*²⁵. Esta realidad de su ser personal se traduce en una tensión, en una ordenación explicada por su origen y su fin: en cada persona la plenitud de su ser y de su esencia le exige ser y permanecer en el ser. Por esto mismo, ella tiene un proceso de maduración, de crecimiento, de actuación en el que, sin transformarse en otro ser, se enriquece moralmente. En esta forma, negar que la persona humana tenga naturaleza es desconocerle, de igual modo, que pueda obrar, que pueda ser actora de su propia vida, que pueda conocer y conocerse, en definitiva, que *tenga que ser*.

6.3. *El deber ser*

La persona humana, hemos dicho, está formada por un haber natural que además de estar integrado por su acto de ser (*habens esse*), comprende, en igual forma, su naturaleza, la que también tiene como algo suyo (*habens essentia*). Pues bien, esa naturaleza lejos de reducirse a una capacidad para llevar a cabo sus propias operaciones, "significa también y primordialmente, una *constitutiva inclinación al respectivo operar*, es decir, un *appetitum naturale*, un pondus o una tensión, que de suyo no implican ninguna forma de conocimiento"²⁶. La tendencia o *appetitum naturale* es, por tanto, un dato ontológico, constitutivo de quien se dice persona; es una radical y sustancial inclinación a la acción, así como su más primario haber. Para decirlo con otras palabras: la persona humana en tanto que tiene un haber natural está naturalmente inclinada, es un ser dependiente, vinculado moralmente, susceptible de tener vínculos con los demás.

Es conveniente aclarar, en relación con lo que hemos dicho, que la tendencia natural a obrar no constituye en sí el deber, es sí su

25. PIEPER, Josef, *Las virtudes fundamentales* (Madrid, 1980), Rialp, pág. 369 ss.

26. MILLAN PUELLES, Antonio, *El ser y el deber*, en *Sobre el hombre y la sociedad* (Madrid, 1976), pág. 63.

materia, que en tanto en cuanto es captada por la razón como buena adquiere el carácter de deber. No se trata de que el deber se deduzca de principios abstractos sin fundamento en la realidad; por el contrario, la razón de bien se explica porque la persona humana en tanto que realiza aquello que se adecúa a su propio ser personal, se está perfeccionando, es decir, está actualizando su modo de ser²⁷.

Esta última afirmación es muy importante porque con ella lo que queremos significar es que el *bien* que corresponde a la persona humana supone su ser y su modo de ser. De esta forma, en tanto que le corresponde como propio, el intelecto lo capta como una *exigencia* o una *necesidad*, es decir, como algo que tiene que hacerse²⁸. No por ello, podemos afirmar que la naturaleza se oponga a la libertad. La libertad, ya lo hemos dicho, se funda en la misma radicalidad del ser que se dice persona, que en tanto ser libre puede asumir su propia naturaleza. En otras palabras: la persona es un ser necesariamente libre²⁹, un alguien que a partir de su propia realidad personal comprende que *debe ser o que tiene que ser* y por eso decide, crea, innova, hace su propia vida. La persona tiene que ser porque ella no está operativamente realizada, ese querer ser mejor, ese tender hacia algo es la expresión vital de la naturaleza humana. No hay, por tanto, ninguna contradicción entre la naturaleza y la libertad, por el contrario, lo que se da es una síntesis, que acontece, según escribe Millán Puelles, en virtud de una efectiva opción o decisión, por la que el hombre ratifica lo que él es, haciendo lo que responde a las exigencias de la naturaleza humana³⁰.

27. Sobre este tema consultar CARDONA, Carlos, *Metafísica del bien y del mal* (Pamplona, 1987), Eunsá.

28. HERVADA, Javier, *Lecciones de filosofía del derecho I. Teoría de la justicia y del derecho* (Pamplona, 1989), Eunsá, pág. 74 ss.

29. Cfr., sobre este tema: ALVIRA, Tomás, *Naturaleza y libertad. Estudio de los conceptos tomistas de voluntas ut natura y voluntas ut ratio* (Pamplona, 1985), Eunsá; LLANO, Alejandro, *El futuro de la libertad* (Pamplona, 1985), Eunsá.

30. MILLAN PUELLES, Antonio, *Ser y...*, cit., pág. 74 ss.

En definitiva, podemos concluir que la persona humana es ser concreto e individual que subsiste en sí y por sí, como un todo completo, con sus determinaciones esenciales y sus cualidades accidentales integradas en el acto de ser que ejerce por su propia cuenta. La persona humana comporta a la vez una unidad sustancial y una multiplicidad funcional. El hombre singular y concreto todo entero es persona. Su unidad no es el resultado de un conjunto de realidades diversas ni la combinación de los elementos o de las partes que la constituyen; todo lo contrario, la unidad radica en el acto de ser, en la singularidad del hombre concreto que subsiste en una naturaleza perfecta. Por esta misma unidad todos los actos que realice, cualquiera que sea el tipo o clase de acto, le revelan en su condición de persona.

7. LO SUYO Y SU REFERENCIA A LA PERSONA

La raíz de la existencia de lo suyo radica en la unidad finalística que caracteriza a la persona humana, en el hecho de *ser*, de *tener cosas*, y *tener que ser*. Por eso puede decirse que en ella el ser, el haber y el deber ser están inscritos en forma de realidad. De ahí que lo suyo no pueda considerarse como una simple tenencia o mero poseer, es algo más. *Exigencia ontológica y moral* porque es la expresión misma de su ser personal. Lo suyo tiene dimensión ontológica porque la persona es el ser que domina su propio ser y sus propios actos. También tiene dimensión moral porque lo suyo no existe sin referencia al fin, esto significa que lo suyo tiene carácter medial, es medio en orden al origen y al fin del ser personal. Podríamos decir que es aquello que permite que la persona humana se *apersone* de sí misma, se asuma en su máxima radicalidad. Lo suyo aparece así referido al orden del desenvolvimiento o actualización de nuestra perfección como personas.

Ahora bien, si a la persona humana no podemos desconocerle su carácter de *dominus*, señora de sí misma, dueña de sus actos,

tampoco podemos desconocerle su carácter de *sui iuris*, porque al hacerlo le negaríamos su dignidad, así como la dimensión jurídica que le es propia. Porque se es persona en sentido ontológico se es persona en sentido jurídico. Para decirlo con otros términos: hay un concepto jurídico de persona porque hay una noción que no es jurídica, sino ontológicamente previa³¹.

La persona humana tiene una dimensión jurídica natural, es decir, le es propia por su acto de ser y su esencia. "La juridicidad natural significa que, por naturaleza el hombre está relacionado jurídicamente con los otros, y en consecuencia, que es por naturaleza protagonista del orden jurídico. Ser persona no es de origen positivo sino natural, porque los hombres, por naturaleza, son sujetos de derecho"³². Ya hemos precisado la razón por la cual alguien tiene cosas suyas, aún hemos de dar respuesta a otra de las preguntas que nos formulamos inicialmente, en el sentido de saber qué cosas suyas tienen carácter jurídico.

8. EL CARACTER JURIDICO DE LAS COSAS SUYAS

Lo suyo, es decir, lo que corresponde a alguien por una actividad operativa, inmanente o trascendente, además de ser contemplado desde el punto de vista de su titular puede considerarse en referencia a los demás, es decir, a aquellos que están obligados a

31. LEGAZ Y LACAMBRA, Luis, *La noción jurídica de persona humana y los derechos del hombre*, en "Revista de Estudios Políticos" XI-55 (1951), pág. 15 ss. No es esta, como hemos puesto de relieve en otra ocasión, la postura de Michel Villey en relación con el concepto jurídico de persona. Según el autor francés, la persona en sentido jurídico es simple y llanamente la adjudicataria y destinataria del derecho. De ahí que diferencie el concepto ontológico y el concepto jurídico de persona. HOYOS CASTAÑEDA, Ilva Myriam, *El concepto jurídico...*, cit., pág. 242 ss. RABBI BALDI, Renato, *La filosofía jurídica de Michel Villey*. Tesis doctoral (Pamplona, 1989), Universidad de Navarra, págs. 457 ss., 477 ss., y 516 ss.

32. HERVADA, Javier, *Introducción crítica...*, cit., pág. 119.

respetar la cosa específica, para decirlo en términos más precisos, a darle a cada uno lo suyo. Esta afirmación tiene una especial significancia que no podemos dejar de resaltar: la persona humana además de tener dominio ontológico y moral tiene un dominio jurídico, porque su ser, sus actos y las cosas que a cualquier nivel adquiera son cosas suyas y en tanto que son debidas por otro u otros según una relación de igualdad, se constituyen en *ius* o derecho.

Las cosas que corresponden a alguien como suyas son, en referencia a los demás, lo debido, la deuda, aquello que tiene que darse a otro como suyo. Este *tener-que* es, en estricto sentido, *deber*; acción a realizar que se especifica por aquello que se tiene que dar: la vida, la casa, el precio, etc. Así pues, lo suyo adquiere frente a los otros la cualidad de ser lo debido, aquello que debe darse en justicia, ni más ni menos, lo igual. De ahí que los juristas romanos identifiquen lo suyo (*suum*) con lo debido (*debitum*) y lo justo (*iustum*). El derecho es, por tanto, aquello que hay que dar a otro, es el objeto de la justicia. Hay que dárselo, no es un juego de palabras, porque aunque es suyo es posible que no se encuentre en su efectivo poder, bien sea, porque la cosa la ha prestado, arrendado, o porque le ha sido lesionado su derecho.

Diversas conclusiones podemos resaltar de esta última afirmación. Mencionaremos las que consideramos esenciales al objetivo que nos hemos propuesto.

1) La cosa suya que por otros es debida es lo que constituye el objeto de la justicia, es decir, el derecho.

2) El derecho dice esencialmente referencia a otro. La alteridad que caracteriza la realidad jurídica es posible porque la persona es un ser naturalmente relacionado con otros seres, porque ella misma tiene como propia una dimensión jurídica: son las cosas que tienen como *suyas* las que referidas a otros se constituyen en derecho. Así pues, la relación jurídica es la ordenación entre dos o más sujetos por razón de las cosas.

3) La persona humana tiene derechos porque aquello que es suyo es objeto del deber del otro. Esta afirmación es significativa: *el derecho no existe* con independencia del deber³³. No hay derechos, cualquiera sea su modalidad, sin referencia a deberes. Veamos, por ejemplo, la vida de cada cual es una cosa que nos corresponde como lo suyo. Esta vida es debida por otro u otros. ¿Qué es lo que se debe?, es decir, ¿qué es lo que tiene que darse? Su respeto. La vida me corresponde como *ius* o derecho en tanto en cuanto los demás tienen el deber de respetármela. En el momento que, por ejemplo, se realiza una acción que me ocasiona lesiones personales, mi vida ha sido lesionada, es decir, el derecho se ha vulnerado, se ha realizado una acción injusta que exige se restituya o compense el bien lesionado. Donde decimos vida, también podemos decir, educación, libertad, dignidad, nombre, casa, cosa suya.

4) Las cosas son suyas de alguien en cuanto se le asignan como tal. El medio a través del cual las cosas se atribuyen a la persona se denomina, en el lenguaje técnico-jurídico, *título*. Las cosas suyas, por tanto, pueden tenerse por títulos distintos. Son títulos, por ejemplo, el contrato de compraventa, de préstamo, de arrendamiento, la prescripción, el nombramiento de un cargo oficial, pero, también, la naturaleza humana.

5) Las cosas suyas pueden ser naturales o positivas. Es claro que no es lo mismo tener una cosa corporal, por ejemplo, un lapicero, que tener la vida. La diversidad en la relación de dominio surge porque lo suyo tiene un contenido metafísico por el que se establece una relación de finalidad entre las personas y las cosas. De ahí que se distingan los títulos positivos y los títulos naturales. Títulos positivos son aquellos que asignan algo a alguien por el acuerdo de voluntades, como, por ejemplo, los contratos. Títulos naturales son aquellos que asignan algo a alguien sin que medie el

33. Sobre este tema y su incidencia en el estudio de los derechos humanos consultar: NIETO NAVIA, Rafael, *Derechos humanos pero también deberes*, en "Ciencia Política" 11 (1988), pág. 57 ss.

acuerdo de voluntades, esto es, las cosas se tienen como propias en razón de la misma naturaleza humana.

6) Las cosas tuyas que por otros son debidas se deben, en igual forma, por una medida de carácter natural o de carácter positivo. Por medida se entiende el ajustamiento entre lo dado y lo debido, la adecuación o conformidad entre la cosa tuya y el objeto de la justicia. El criterio a través del cual las cosas son medidas es diverso, atiende a la finalidad, a la cantidad, a la cantidad, al tiempo.

7) El derecho en razón del título y de la medida puede ser natural o positivo. El derecho natural, distinto de la ley natural, lo constituyen aquellas cosas tuyas que corresponden a la persona humana en razón de su naturaleza humana, cosas debidas y medidas por una razón natural. El derecho positivo, que no puede confundirse con el derecho objetivo o normativo, lo constituyen aquellas cosas que corresponden a alguien como tuyas por el acuerdo de voluntades y que se miden por una medida también positiva.

8) Al titular del derecho, al sujeto del derecho, esto es, al portador de la cosa tuya, le corresponde la facultad de exigir a los demás el cumplimiento de la deuda, precisamente, porque la cosa es tuya. Así, por ejemplo, la vida, en tanto que es tuya de cada persona, es la base para que cada una pueda exigirles a los demás su respeto. Porque la vida es tuya es que es debida y exigible, no al revés. Esta misma idea puede expresarse en la siguiente forma: no tengo primero el derecho *a* la vida, como mera posibilidad a alcanzar, tengo el derecho *de* la vida, como una realidad. Por esto mismo, el *nasciturus*, concebido pero no nacido, tiene como tuya y, por ende, como derecho, la vida desde que ésta se constituye como tal, es decir, desde la concepción y tiene, precisamente, el *derecho a nacer* porque tiene vida.

9) El derecho es anterior a la justicia, ya que ésta consiste en realizar o reconocer el derecho. De esta afirmación se deduce esta otra no menos significativa: el derecho no puede ser injusto.

Injusto es el sujeto que no observa el derecho, que lesiona o desconoce el derecho ajeno, el alguien que realiza la acción injusta. Injusta también puede ser la ley positiva que regula o mide el derecho, pero no el derecho mismo.

10) El derecho no se confunde con la ley, aunque es innegable que tiene relación con él. Las cosas suyas no se identifican con la regla y medida del obrar, que puede ser, en igual forma, regla y medida del derecho.

Así pues, las cosas suyas que tienen carácter jurídico son las que son susceptibles de ser lo justo, es decir, objeto de relaciones de justicia. Son cosas atribuibles, apropiables y medibles, así como susceptibles de ser interferidas o de estar en poder de otra persona distinta de aquel a quien le corresponda como suya. Así, por ejemplo, la libertad de expresión es auténtico derecho, *cosa suya debida y exigida*, en cuanto sus manifestaciones puedan ser interferidas y la persona pueda ser objeto de coacciones, es decir, en cuanto que pueda exteriorizar lo pensado.

El derecho es, según parece deducirse de todo lo dicho, algo objetivo, cosa concreta que a alguien le corresponde como suyo y que alguien debe dar aquí y ahora a otro. El derecho, por tanto, dice esencialmente referencia a las cosas y a las personas: a aquello que se tiene como suyo, y como tal, se debe y se exige; a la persona que tiene cosas como suyas, al ser que le corresponde como propia la facultad de exigir a otro u otros el cumplimiento de la prestación, así como al alguien que debe cosas justas y al ser que realiza acciones justas. La interrelación que se da entre las cosas y las personas solo es posible porque la persona misma es ser que se domina a sí misma.

Derecho es, en su más radical acepción, *lo suyo*, lo que está unido a la persona, lo que le corresponde en razón de su propio dominio ontológico, moral y jurídico. La realidad del ser personal, es, por tanto, el soporte para la configuración de todo el derecho, de toda la realidad jurídica.

9. LA PERSONA Y EL DERECHO NATURAL

El calificativo *natural*, hemos dicho, se usa para significar aquello que pertenece a la naturaleza humana. Este término, en relación con el derecho, hace referencia a aquellos bienes o cosas que por la misma naturaleza humana le corresponden a alguien como lo suyo y que en razón de esa misma naturaleza se adeudan según una proporción. En efecto, si hemos podido poner en claro la dimensión jurídica del ser personal podemos afirmar sin dificultad alguna que la persona humana en el momento mismo de su creación tiene como suyo un haber natural integrado por los bienes que forman el ser del hombre, sus potencias y tendencias, las operaciones que tienden a obtener las finalidades naturales y los bienes que son objeto de esas operaciones. *Lo natural* así entendido es algo dado y no lo meramente adquirido por medio de actos libres y voluntarios.

Es decir, que lo natural también debe entenderse en el derecho como *esencia específica y principio de operación*. Esencia porque cada persona tiene individualizada la naturaleza humana, ésta es, radicalmente suya. Mi estructura corpórea, aunque común con otros hombres, sólo a mi me pertenece, ella revela la singularidad e irrepetibilidad de mi ser personal. El principio de operación y conservación también se revela en el derecho porque es, precisamente, en razón de la naturaleza humana, objeto operable, ordenado a la justicia: a dar a cada uno lo suyo.

Así pues, las cosas que, como la vida, la libertad corresponden a la persona como suyas, no pueden ser consideradas meramente en su constitución, se tienen desde *un origen*, pero se tienen *hacia un fin*. Lo suyo en tanto que natural está ordenado a alcanzar los fines de la persona humana y en tanto que derecho está ordenado a la justicia. Para decirlo en forma mas precisa: dar a cada uno lo suyo en tanto que es un acto virtuoso contribuye a hacer más buena

a la persona que realiza la acción justa³⁴. De tal modo que, la vida, la libertad en cuanto deben ser conservadas y actualizadas en orden a la perfección de la persona humana tienen, en igual forma, una dimensión jurídica. Esta es la razón para que no pueda apelarse al derecho al propio cuerpo ni para defender el impropriamente llamado derecho al aborto, como tampoco puede deducirse del derecho a la vida, la defensa del suicidio, la eutanasia o eugenesia. El derecho natural en tanto en cuanto está ligado íntimamente a la persona tiene razón de origen y de fin.

Lo natural es también en sentido jurídico *potencia*. Potencia o capacidad porque lo suyo natural otorga a su titular *ad intra* el disfrute o ejercicio de su derecho y *ad extra* la facultad para exigir (derecho subjetivo) a otros la realización de su derecho (justicia). Esta facultad supone, obviamente, la constitución del derecho a través de un título (acto de ser), mediante el cual, la cosa es suya de alguien y, por tanto, debida y exigible (esencia). La composición *acto de ser-esencia* que se da en la persona humana, también se da en el derecho. Así como no es posible la potencia sin acto, tampoco puede darse el disfrute y la exigibilidad del derecho si el derecho no existe.

10. CONCLUSIONES

La reflexión sobre la realidad del ser personal nos permite determinar ciertas conclusiones que consideramos relevantes para el tema que nos propusimos abordar.

1) La persona humana tiene en razón de su *ser* y de su *esencia* cosas suyas que reflejan la intimidad, singularidad e irrepetibilidad de su ser personal.

34. HERVADA, Javier, *El derecho como orden humano*, en "Ius canonicum" V (1965), pág. 430 ss.; HOYOS CASTAÑEDA, Ilva Myriam, *El concepto jurídico...*, cit., pág. 468.

2) El derecho es una exigencia ontológica y moral del ser personal: es la cosa suya debida por otro u otros según una medida.

3) La persona tiene derechos naturales, esto es, cosas suyas adquiridas en razón de su naturaleza humana y medidas también en referencia a la naturaleza humana, que deben ser respetadas por todos los demás. Cualquier lesión de su derecho es una lesión u ofensa a su propia realidad personal.

4) Ser persona en sentido jurídico es una dimensión del hecho de ser persona. El derecho (*ius*) no existe ni podría existir sin aquel (*sui*) que detente lo que es suyo (*suum*), como tampoco podría darse la justicia (*iustitia*) sin el otro (*alter*) que realice el acto de justicia.

5) La persona en su misma estructura ontológica es el fundamento de toda la realidad jurídica. En este sentido, se dice que ella es el concepto clave de la ciencia jurídica. Pero, precisamente, porque tiene cosas justas también es el titular actual no meramente virtual del derecho. Idea que podemos expresar en la siguiente forma: a la persona le corresponde una juridicidad natural, allí donde hay un hombre singular y concreto hay un alguien que tiene derechos y deberes. Ser titular de derechos no es, por tanto, una consecuencia de la legislación positiva, es la expresión de la dignidad de la persona humana contemplada no *sub ratione personalitatis* si no *sub specie iuris*.